



El arte de la réplica

Una empresa madrileña ha revolucionado el mundo de la conservación artística con una asombrosa receta a base de tecnología punta y oficio de taller renacentista. Tras dos años de espera, su *clon* de la tumba de Tutankamón aterriza en Egipto.

POR PEDRO GARCÍA

Pocas definiciones dan más sentido a la historia de Factum Arte que la de “originalidad”. Según la Real Academia Española, “cualidad de original; actitud, comportamiento o acción originales con carácter de novedad”. Un traje semántico a medida. La búsqueda de la singularidad y sus cualidades, sus atributos y su proceso, y el espíritu vanguardista por bandera. Sobre estos cimientos se construye la trayectoria de esta empresa madrileña dedicada a la producción y la conservación artísticas que en apenas 11 años de vida ha crecido desde el anonimato hasta convertirse en la referencia mundial de su sector. Su especialidad: las réplicas. Su terapia: tecnología punta y oficio de taller renacentista. Una mezcla que reside en su ADN y que viaja en la genética de todas sus obras. Trabajos como la réplica de la cámara funeraria del faraón Tutankamón, que después de dos años varada en uno de sus almacenes a la espera de que el clima político egipcio amainara, aterriza en el país de las pirámides lista para abrirse al público.

La llegada a Egipto es el punto final a una odisea. Después de dos años de trabajo a base de sesiones de escaneado dentro de la tumba original, meses de datos procesados con un *software* de invención propia y pruebas de material, color y texturas, la réplica estaba lista en febrero de 2011, apenas un mes después del estallido de las protestas en la plaza Tahrir de El Cairo –que culminarían en el derrocamiento del expresidente Hosni Mubarak-. Consecuencia: el traslado se congelaba sin fecha de caducidad. Hasta este verano. Hoy la hoja de ruta de Factum Arte y la fundación que lleva su nombre, la Universidad de Basilea y la Sociedad de Amigos de las Tumbas Reales de Egipto –que patrocinan el proyecto– se centra en que el *facsimil* pueda por fin desplegarse sobre el terreno para que tanto turistas como investigadores limiten sus visitas a la tumba original –1.000 diarias después de décadas con un promedio superior a 6.000– y se dejen deslumbrar por la magia y el realismo de su hermana gemela.

Leyendas y maldiciones aparte –varios exploradores murieron tras visitarla debido a una infección respiratoria causada



ALICIA GUIRAO (FACTUMARTE)

“Cultura no es entretenimiento”

Para Adam Lowe, británico afincado en Madrid y fundador y alma máter de Factum Arte, la cultura no es un lujo: “No es una cuestión de entretenimiento. La cultura es el cemento que nos permite funcionar socialmente y seguir pensando en el futuro, no lo que haces cuando vas de vacaciones; no es una atracción. La tumba de Tutankamón, por ejemplo [la mejor conservada y más mediática del Valle de los Reyes, en Tebas, Egipto], ha permanecido casi 3.000 años sin daños significativos y en apenas 90 después de su descubrimiento está en crisis por la enorme cantidad de visitantes. Ahora vemos las consecuencias”. En las imágenes, el proceso de escaneado en Egipto y la impresión de la réplica en Madrid.



ALICIA GUIRAO (FACTUMARTE)

por unos hongos- el estado de la tumba de Tutankamón (1336-1327 a.C.), el faraón niño, es dramático. Descubierta por Howard Carter en 1922, los millones de visitantes que han tocado, pisado, fotografiado y respirado el magnético encanto de la cámara durante estos últimos 90 años han modificado críticamente, según Adam Lowe, fundador de Factum Arte, “las condiciones de humedad y temperatura y han movido muchas cantidades de polvo”. Por no hablar de los intentos de conservación que han tenido lugar a lo largo de estos años, “que ahora son un problema”, según Lowe.

La réplica, después de dos años de un interminables rompecabezas burocrático, se ha entregado al Estado egipcio en calidad de regalo, pensando en los ingresos pero también en generar el conocimiento suficiente en los egipcios para que puedan escanear “otras tumbas menos conocidas” y crear sus propios facsímiles.

Para Lowe, “entre las horas de viajes, trabajo y reuniones lo importante es que se vea que si persigues una meta se consiguen” las cosas. “Mire, los negocios no son muy interesantes,

aunque esto es claramente un negocio porque pagamos nuestras facturas, pero más allá de eso trabajamos con una estructura completamente horizontal y con roles que van cambiando con el tiempo”. ¿Cómo y quién sacará partido de la réplica? “Nuestro objetivo no es rentabilizar el proyecto económicamente, sino que lo hagan los egipcios, que se merecen poder sacar beneficios. Haciéndolo así, depositando la réplica y entregándosela, podremos generar unos ingresos locales”.

El Renacimiento en el siglo XXI.

En el cuartel general de Factum Arte, situado en el barrio madrileño de Chamberí, cada paso invita a la reflexión. Una nube de mesas sobrevive entre pantallas de ordenador, libros y paneles apilados. El zumbido de una impresora láser rompe en bucle el silencio y los focos resaltan el perfil de un *clon* a medio hacer de la *Dama de Elche* atrapado en una caja de cristal. Aquí, artistas cuyas obras mueven cifras millonarias en el mercado del arte, como los británicos Marc Quinn y Anish Kapoor, ven sus ideas hechas realidad entre pruebas e impresiones

que intentan captar el aura de grandes obras de la historia del arte. *Las bodas de Caná* de Veronés, obras de Caravaggio, de Rafael, piezas de las copias de las tumbas de Tutmosis III, Tutankamón... Sus clones han salido de aquí.

La empresa germinó en la cabeza del británico Adam Lowe (Oxford, 1959), que recibe a esta revista en una céntrica cafetería de Madrid. Licenciado en Bellas Artes en su ciudad natal, tras una dilatada carrera como pintor y calcógrafo y cansado de “jugar el papel que la sociedad y el mercado otorgan a un artista”, aterrizó en Barajas hace once años detrás de un proyecto que, con el tiempo, “se ha convertido en una familia”. En 2001, el pintor malagueño Manuel Franquelo supo que Lowe llevaba años estudiando las cualidades de las superficies y leyó algunas conclusiones de su cosecha. Le gustaron y se subió a un avión. “Nos vimos por primera vez en Londres -recuerda Lowe-, yo había montado una pequeña compañía de impresión digital en la que hacíamos, a pequeña escala, lo que hacemos en Factum, y él, que es ingeniero de Telecomunicaciones, sabía cómo diseñar el

material que necesitábamos. Empezamos a hablar y fue instantáneo”.

A los pocos meses Lowe y Franquelo volaban de vuelta a Madrid con un propósito común. “A veces bromeamos con que, en realidad, la única razón por la que estamos aquí -sonríe Lowe- es porque antes esta ciudad era más barata que Londres”, recuerda Lowe. Ambos miraron por primera vez hacia Egipto. Allí estaba su primer trabajo. Una tumba y, cómo no, un faraón: Seti I, la pieza de un puzzle que todavía no podían comprender. Luego vendrían la *Dama de Elche*, Caravaggio, Veronés, Da Vinci... y el trabajo con los primeros artistas. Más encargos y nuevos proyectos. El trabajo de Factum cobró, de golpe, otra dimensión. Franquelo no tardaría mucho en dejar la empresa y desde entonces la responsabilidad ha recaído en Lowe: “Aparte de él no se ha marchado mucha más gente, yo diría que desde el principio, unos cinco o seis”. Hoy son más de 40 trabajando bajo el mantra de su guía espiritual: “Intimidad, comprensión y conexión”. ¿Con los compañeros? “Por supuesto -matiza Lowe- pero sobre todo con los objetos”.

El banquero en apuros

El banquero siempre ha sido caracterizado como un usurero sin sentimientos, pero las últimas películas le dejan aún peor.

CADA ÉPOCA QUEDA REFLEJADA en un puñado de películas características. La Gran Depresión fue la gran era del género musical, cuyo *glamour* ayudaba al público a olvidar su deprimente vida real. La Guerra Fría, y el miedo a los comunistas, generaron la época dorada del cine de extraterrestres, marcianos que invadían la Tierra para saquear sus riquezas e imponer sus costumbres. Y nuestros años de crisis global han acuñado el género cinematográfico del banquero en apuros.

El banquero no es un personaje nuevo. Ha sido caracterizado numerosas veces, y nunca con mucho heroísmo. Desde *Mary Poppins* hasta *American Psycho*, siempre ha aparecido como un usurero canalla y sin sentimientos. Pero las últimas películas sobre él lo dejan aún peor.

Por ejemplo, *Margin Call*, con ese elenco soberbio que incluye a **Jeremy Irons** y **Kevin Spacey**. Inspirándose en los últimos días de Lehman Brothers, *Margin Call* cuenta la noche en que los empleados de un banco descubren que están hasta el cuello de activos tóxicos inservibles. Es decir, que todos sus bonos y acciones son basura. Y deciden venderlos antes de que alguien más lo note.

Sí, son muy malos. Y mucho peor es el **Robert Pattinson** de *Cosmópolis*. La novela original de **Don deLillo** es anterior a la crisis financiera, así que su llegada al cine a manos de **David Cronenberg** es de más actualidad que el libro. El protagonista es un ejecutivo financiero ultramillonario de 28 años, que merodea por Nueva York en su limusina, una oficina rodante donde recibe las visitas de asesores, amantes y clientes. Pierde toda su fortuna en una jugada financiera equivocada. Su mujer lo abandona. Y ahí afuera, una turba de antisistemas pide su cabeza. Pero su mayor preocupación del día es cortarse el pelo.



En *El fraude*, Richard Gere sabe que su vida personal es tan falsa como sus balances



Cosmópolis es todo lo contrario que *Margin Call*. En vez de diálogos sobre los precios de las cosas, está llena de insostenibles monólogos conceptuales sobre el cibercapitalismo. En vez de una explicación sencilla sobre la crisis, es una teorización pedante sobre la naturaleza del dinero. Y sin embargo, ambas historias tienen algo en común: la idea de que, aunque todo vaya mal, aunque se caiga el mundo, los ricos siempre salen bien parados.

La mejor de todas, para mi gusto, es *El fraude* (*Arbitrage*), con **Richard Gere**. Gere tiene mucha cara de rico. Aspecto de exitoso. Pelo blanco tratado con carísimos productos de belleza. Y *El fraude* es la única película que trata la vida personal del personaje. Su matrimonio, sus hijos, su amante, sus amistades, son tan falsos como sus balances. Pero a nadie le conviene descubrir el pastel. Viven demasiado bien dentro de la farsa como para ponerse a decir la verdad.

Todo el mundo odia a los banqueros. Hablamos constantemente de lo malos que son. Los culpamos de los problemas de países y personas. Y a pesar de todo, ellos siguen en silencio. No tienen representantes corporativos, ni portavoces éticos, ni una opinión clara. El gran misterio de la crisis es qué piensan de sí mismos. Para desvelarlo, por suerte, existe el cine.